

autobiografía

PASCUAL GARCIA RODRIGUEZ ...ME LLEVABAN A LA GUERRA

Venimos publicando habitualmente Autobiografías de personas que, por una u otra razones, han alcanzado notoriedad, fama: personas que han triunfado en una vida que puede haber sido, no obstante, difícil. En este caso, es la autobiografía de un español de a pie. Muchos podrán reconocerse en él.

ES el testimonio de un hombre zarandeado por la guerra. Nos lo contaba a menudo, en la sobremesa de los domingos, fatigas y miserias olvidadas, paladeando el dulce amargor de una taza de café de bote. Un día, hace años, le instamos a que escribiera sus memorias: sus hábitos de escritor se anquilosaron al acabar sus viajes de guerra, su única experiencia fueron las cartas a su novia.

Antes no se había atrevido, pero este invierno, en un esfuerzo encomiable, se entretuvo en escribir el texto que presento. Le prometí que iba a tomarlo como materia narrativa para una novela que tengo proyectada. Prefiero, sin embargo, entregarlo virgen a la estampa.

No busque el lector aquí nombres conocidos de la gran historia, sino una perspectiva inusitada de la guerra, la historia anónima de quienes hicieron posible esa gran historia: la deficiente disciplina y la formación casi caricaturesca de los soldados, la expectante trivialidad y monotonía de la vida de trincheras y el horror de los combates, las penalidades sin cuento de un continuo retroceder y las huidas masivas del frente, la angustia de los campos de concentración y el pánico de una muerte casi segura, la alegría de una guerra que acaba y los inhumanos tratos de un batallón disciplinario de la posguerra.

Pero todo ello se funde en este relato con la fogosidad de un joven con ganas de vivir, que no regatea



Recién incorporado en Murcia.

esfuerzos para recuperarse, en un medio hostil, de la zancadilla impuesta por la guerra, con el escepticismo, lejos de ideales políticos, de un castellano curtido por el trabajo desde muy niño, con la serenidad que supone la retrospectiva de más de 40 años mediantes, con la sencillez y humanidad de un hombre de campo que prefiere permanecer anónimo.

Sólo he reformado lo indispensable para la comprensión del texto. Mantengo la sintaxis coloquial que servirá al lector para saborear el valor de lo auténtico, para detenerse o reflexionar en la crudeza de la verdad. ■

MOISES GARCIA DE LA TORRE



autobiografía

FU un chico un poco revoltoso, un poco despejadillo entre los chicos de la época aquella en que la inmensa mayoría de la gente del campo no sabía más que malfirmar. Éramos una generación sin porvenir: los adultos no hacían más que siempre las mismas cosas, que eran labrar las pocas tierras que tenían, que se labraba con una yunta de borricos, o bien con mulas de poca talla, porque los ingresos no daban para más. Pero sí, los padres hacían trabajar a los hijos en cuanto tenían los siete u ocho años, y quizás antes, en las mismas cosas que habían trabajado sus abuelos sin esperanzas de cambiar de trabajo. Así que los padres, en vez de mandar los chicos a la escuela, los mandaban a guardar ovejas, nadie les enseñaba nada práctico, pero sí los chicos aprendíamos las brutalidades de los mayores según avanzaba la edad.

Yo, por ejemplo, empecé a guardar ovejas desde los ocho años y estuve de pastor hasta los diecinueve y empecé a labrar desde esa edad en adelante, a jornal, que aquel cambio creía que era para mí como si estuviera haciendo una gran carrera, trabajando desde el amanecer hasta ya de noche, pero trabajando con gana, aunque estuvieras cansado y te dolieran todos los huesos del cuerpo, seguías y seguías como si empezaras por la mañana. Por lo tanto los mozos de entonces estábamos deseando que nos avisaran para hacer el servicio militar, siquiera por cambiar de vida y ver algo de España, porque la inmensa mayoría teníamos veinte años y no habíamos visto la capital de la provincia. Pues bien, en mi caso tuve la desgracia de que cuando iba a ingresar a la mili, cuatro meses antes, estalló la guerra civil del 36.

Con tantas ganas que tenía de hacer el servicio militar yo me quedé un poco desmoralizado, pero aun con eso estaba deseando de incorporarme, pues no sabía lo que era una guerra, no sabía más que lo que había oído de los mayores, de cuando la guerra carlista, que decían que cuando veían asomar por los cerros a los contrarios a tres o cuatro kilómetros, se marchaban y rara era la vez que armaban pelea, por lo tanto yo seguía con aquella ilusión de antes de marchar a la mili, o más bien, a la guerra.

Cuando me tocó incorporarme ya no fue que me llamara el Estado, sino una orden que dieron las milicias que había en mi zona, que todos los comprendidos entre veinte y treinta años tenían que incorporarse inmediata-

mente: entre ellos me tocaba a mí. Fui a incorporarme al Estado Mayor que había en Cifuentes, allí, a los miles de hombres que éramos, nos dieron unos ocho días de instrucción y con aquello bastaba ya, así que empezaron a distribuirnos a diferentes sitios. A mí me tocó ir a Albacete.

Entonces nos montaron en camiones, al anochecer, para embarcar en Aranjuez: de esta forma, de noche, vi por primera vez la capital de provincia, mejor dicho, pasé por ella y no la vi. Como decía, pasamos por Alcalá de Henares con dirección a Aranjuez, porque la vía la tenían cortada las tropas nacionales en Ciempozuelos. Ya en el tren llegamos a Alcázar de San Juan, donde había unos paisanos que tenían restaurante, que ya andaba la comida muy escasa, pero como éramos del mismo pueblo nos esperamos a que comiera todo el público por decisión del dueño del restaurante y, ya tranquilo, nos prepara una gran paella que nos resucitó y, para remachar el clavo, otro sobrino del dueño nos llevó a una de esas grandísimas bodegas que hay en Alcázar de San Juan, en la que estaba de encargado, dándonos a probar muchísimas clases de vino, también advirtiéndome que no nos mojáramos más que los labios, porque si no cogieramos una tranca

que no saldríamos de ella; pero estaba tan bueno el vino y en particular las clases de dulce que, a pesar de advertirnoslo mi paisano, todos salimos muy alegres de aquella bodega y más de uno de los compañeros, de cerca de mi pueblo, que como estaba tan bueno el vino cargó un poco más de la cuenta y cuando montamos otra vez en el tren con destino a Villarrobledo a éste le dio por pegar puñetazos a los cristales del tren, que tuvimos que sujetarlo porque si no, no deja cristal sano en el vagón: tan mal le sentó que, a partir de entonces, sea por el vino o sea por la guerra, ya no echó luz.

Ya en Villarrobledo éramos unos 200 hombres que habían llegado desde otros sitios para reunirnos allí. Después de estar allí cuatro o cinco días sin mando ninguno y sin saber nada, llegó un sargento ruso y en su lengua estropajosa pudimos entender que todos los que estábamos allí éramos cabos, pero que nos mandaría por grupos a distintas provincias para reclutar gente, y que antes pasaríamos por un examen, que por cierto luego no pasamos.

Aquí ya vino mi problema, porque me tocó a diferente sitio que a mis paisanos y hubo unos días de aburrimiento, pero había que echarle cara para no caer en la monotonía. Como decía antes, que no había salido del pueblo ni tampoco oíamos hablar de otras regiones, cuál no sería mi sorpresa que montamos en Villarrobledo sobre las dos de la madrugada en el tren —que por eso sé ahora que la provincia de Albacete es de las más frías de España, era a mediados de marzo del año 1937 y hacía un frío que pelaba— y como digo, cuál no sería mi sorpresa que a eso de las nueve de la mañana, según íbamos en el tren sentía un calor que me parecía que aquello no era normal; pues bien, llegamos a Murcia sobre las diez de la mañana y veo en las calles las mesas y la gente tomando café, y con los toldos puestos para estar a la sombra: esa fue mi primera gran impresión de mis viajes, ese cambio, en unas seis horas, de invierno pasar al verano.

Como iba diciendo, en ocho días de cabo pasé a sargento y el gran problema era que yo no había hecho instrucción, pero si tenía que enseñarla a cientos de reclutas, así que con mucha voluntad tuve que aprenderla de otros sargentos compañeros que la mandaban a los quintos y a los cuatro o cinco días mandaba yo como si fuera un gran instructor y les daba charlas a los quintos y teórica del



Pascual García Rodríguez en el frente del Jarama, verano del 37, de sargento.



«A los miles de hombres que estábamos en Cifuentes nos dieron unos ocho días de instrucción. Luego, en Villarrobledo, vino un sargento ruso y en su lengua estropajosa pudimos entender que todos los que estábamos allí éramos cabos.»

fusil. El problema era gordo y tenía que aprenderme las cosas de la teoría a toda velocidad, y lo mismo del manejo del fusil.

Una vez pasado el período de instrucción de los reclutas, que fue de unos veinte días, marchamos desde Murcia a Puertollano, donde estuvimos otro mes haciendo prácticas de tiro. Aquí ya podía chillar yo, pues en las prácticas de tiro era de los primeros, no fallaba en el blanco, y los soldados ya me apreciaban porque alternaba con ellos y no siendo en actos de servicio no quería que me hicieran el saludo, y por eso éramos buenos amigos.

Desde allí nos llevaron hacia el frente de Badajoz, a un pueblo que se llama La Haba, entre Don Benito y Villanueva de la Serena. Después de estar unos días en La Haba nos llevaron al frente de Badajoz, donde estaba la 108 Brigada en la que iba un hermano mío. Yo muy contento porque iba a ver a mi hermano, pero cual sería mi sorpresa que cuando íbamos a llegar al frente la 108 Brigada ya venía de regreso, montada en camiones para su traslado a otro sitio, pero yo, con tanto ahínco por ver a mi hermano, lo divisé mucho antes que el camión en el que iba él llegara a mi altura, pero como los camiones iban en marcha no pudimos más que saludarnos con los brazos en alto. A nosotros en ese momento nos dan el orden que para atrás, a montar en el tren para traernos al frente de Madrid.

De golpe nos metieron sin descansar en las trincheras del Jarama, que las ocupaba la Internacional. Allí pasamos mucho miedo porque los nacionales estaban a unos 500 metros, y los que se marchaban nos decían que todas las noches había jaleo. Pues

bien, en los primeros diez días no se oía ni un tiro, pero al que hacía once empezó a nublarse por la tarde y a eso de las diez de la noche se preparó una tormenta que caía agua como si la vaciaran a cántaros y para más confusión, la trinchera que teníamos hacia vaguada y venía el agua de las dos partes de la trinchera como si fueran dos ríos, a esto que, como éramos novatos, el capitán mandó salir a un pelotón de escucha, dando orden de que si veían algo anormal que tiraran dos bombas de mano y eso sería la señal para empezar a tirar desde los parapetos. A todo esto delante de nosotros había muchas cepas de viña y el pelotón que salió de escucha, con tanta agua que caía, el fuerte viento y los relámpagos y que todas las cepas se movían, y a ellos que se conoce que les parecía que todos eran hombres que venían a darnos el asalto, sin estarse a pensarlo soltaron las dos bombas. Inmediatamente, nos pusimos todos en el parapeto tirando tiros como locos; de pronto las ametralladoras, que tenían la puntería cogida a las trincheras del enemigo, se pusieron a tirar allí, pero como luego vieron que se movían las cepas, dieron la orden de tirar tiro rasante por si venían a asaltar las trincheras; los nacionales, al ver que tirábamos nosotros, ellos también empezaron a tirar, y aquello parecía el infierno; nuestra compañía fue la primera que empezó a tirar y al ver que nosotros tirábamos, dos kilómetros de frente empezaron a tirar a derecha e izquierda; a todo esto, como estaba la noche tan oscura y no se veía más que cuando relampagueaba y el tiroteó no cesaba, la artillería, al ver que aquello era en serio, empezó a tirar chupinazos a las trincheras del enemigo. Todo sin de-

jar de llover. A los que estábamos en la vaguada, como venía el agua desde los dos sitios y se llenó la trinchera, nos llegaba hasta el cuello, porque no podíamos irnos de allí pues el enemigo tenía cogida la puntería a las trincheras y, en cuanto asomabas un poco, ya sentías las balas pegar por allí. Con tanto tiroteó y tantos truenos y relámpagos el pánico era terrible. A todo esto, los que salieron de escucha, como estaba tan oscuro, no podían regresar a las trincheras porque nosotros mismos nos los cargábamos: dos de ellos que regresaron, a los dos los herimos, aunque sin importancia, los demás hasta que no paró el combate no salieron de un barranco que había allí. ¿Y saben cómo acabó el combate? Pues de la manera siguiente: como caía tanta agua los fusiles y las ametralladoras con la arenilla que les salpicaba se iban encasquillando y no había manera de abrirlos para seguir metiéndoles más munición; en cuanto a las ametralladoras les pasaba igual y, poco a poco, iba callando todo el frente hasta que calló del todo después de dos horas de combate. Y todo esto fue el gran combate que al otro día venía en los periódicos, y lo había levantado un pelotón de escucha, que las cepas como se movían, les parecían hombres.

El susto se pasó y otra vez la vida diaria, o sea, la vida de trincheras, escondido como los ratones, con el oído y la vista siempre al acecho de cualquier cosa imprevista. Así iba transcurriendo el año 1937, unas veces en las trincheras y otras, en los pueblos de al lado de Arganda.

Hasta que un día montamos en camiones y a la cuesta de la Reina, que el día de antes habían tenido unos combates muy grandes y a la Compañía especial de choque de nuestra brigada la deshicieron los nacionales y cogieron muchos prisioneros. Entonces nosotros fuimos a reforzar el frente aquél, pero no estuvimos más que un día y una noche que también hubo muchas escaramuzas. El sitio que ocupaba mi pelotón estaba de la trinchera de los nacionales a unos 50 metros, y el capitán que teníamos me manda que saliera de escucha, que eran diez metros más adelante de la línea de fuego, a lo

autobiografía

cual me negué desde luego exponiéndole mis razones, porque era un sitio muy llano, o sea, saltar la carretera y quedarnos allí; visto lo que pasó en el Jarama, le dije al capitán: «Si salimos de escucha y se forma el tiroteo, los primeros que caemos somos nosotros porque los mismos nuestros nos barren antes de llegar a la trinchera y como es tan poca distancia será mejor tener los ojos muy abiertos y el oído muy fino y hacer la escucha desde aquí.» Así estuvimos discutiendo un rato y el capitán quería imponer su mando, pero no le dio tiempo porque los nacionales ya estaban disparando y tuvimos que acudir cada uno a nuestro puesto. A pesar de que había ocurrido según yo calculaba, el capitán me tenía un poco entre ojos hasta que se le fue pasando, con el tiempo.

Bueno, como decía, nos relevaron al otro día, la Internacional, y como aquel frente se nos dio por terminado, estuvimos unos días en Aranjuez descansando y luego otra vez a las trincheras del frente del Jarama. Estuvimos allí como un par de meses y nos relevaron, esta vez nos llevaron a Morata de Tajuña. Allí estábamos preparando una fiesta para celebrar el día trece de abril, que era el aniversario de la República, pero no nos dio tiempo, porque a última hora de la tarde empezaron a llegar camiones y más camiones y ya empezamos a sospechar que algo gordo pasaba. Minutos después, dan la orden que todo el mundo a formar, que salíamos para el frente de Castellón.

En este tiempo que transcurrió desde los ataques de la cuesta de la Reina, como murieron allí de nuestra Brigada varios oficiales y otros desaparecieron, yo ascendí a teniente, de momento interino. Recuerdo una anécdota de mi asistente, que era extremeño y en el tiempo que estuvimos en Morata de Tajuña vino a verlo su novia; en total que como por su tierra se usa la costumbre de marcharse los novios antes de casarse y cuando llevan unos meses juntos se casan, éstos no se estuvieron a pensarlo, en el mismo día se juntaron. Pero ¿y luego para dormir por la noche, si el pueblo estaba derrumbado de los bombardeos de la aviación y apenas había gente civil? En fin, buscando por allí encontraron una casa medio hundida y se acomodaron, pero el problema era su comida, en particular la de ella, así que la ración de rancho que le daban a él se la llevaba y se la comían entre los dos, que no tenían ni para un diente,

porque era un tío muy grande en estatura; fui a conocer a la novia porque me dijo mi asistente que se habían casado, entonces, como se escaseaba la comida, el mejor regalo que podía hacerles era llevarles comida y, como a los oficiales nos daban el rancho en frío pues yo tenía unos botes de leche condensada, y se los llevé; que no sabían cómo agradecerme; pero qué desencanto el de ellos, que a los cuatro días de estar juntos, que ellos decían estar casados, que, como decía antes, nos llevan para el frente de Castellón: allí se quedó el marido sin mujer y la mujer sin marido y sin dinero para volver a su tierra.

Montamos en los camiones sobre las diez de la noche; porque casi todos los viajes había que hacerlos de noche para que la aviación no nos castigara con sus bombardeos; fuimos por la carretera general y pasamos por Valencia a coger la carretera de Castellón con dirección a Vinaroz, que es donde estaba el enemigo. Entre los pueblos más próximos al enemigo eran Alcalá de Chivert, Santa Magdalena y Benicarló. Entre Santa Magdalena y Benicarló nos apeamos de los camiones y entre unas montañas bastante grandes, donde le pareció al comandante de mi batallón, hicimos alto; allí estuvimos cuatro días sin saber dónde estábamos, sin oír ni un tiro ni topar con persona civil alguna. A los cinco días el mando superior ya tenía noticias de dónde tenía que distribuirnos: a mi compañía le tocó subir un barranco arriba entre grandes montañas hasta ver si dábamos con el enemigo.

Después de mucho andar sentíamos ya algún tiro suelto, pero muy lejos. El capitán mandó a mi sección que nos adelantáramos. Ya empezamos a subir por un cerro redondo y no muy alto cuando, antes de terminar de subir, vemos en dirección a nosotros que venía otra compañía con los fusiles colgados al hombro. Nosotros creíamos que serían fuerzas de las nuestras, del bando republicano, y ellos no sé que se pensarían; la cosa es que nosotros íbamos hacia ellos y ellos hacia nosotros tan tranquilos, porque, la verdad, no estábamos fogueados. Yo mandé al enlace para que fuera a ver qué fuerza era aquella, entonces ellos, al ver que se dirigía un hombre solo, se pararon y nosotros hicimos lo mismo. Pero el enlace, al ver que eran fuerzas nacionales, soltó un tiro y echó a correr barranco abajo. Al ver eso ellos y nosotros nos tiramos a tierra y allí se

armó un combate donde murieron muchos hombres de las dos partes, porque estábamos en un cerrillo redondo y no nos podíamos ocultar; yo tenía como resguardo una piedra poco más grande que mi cabeza, que estando muy encogidito me estaba resguardando de todo aquel fregado; ellos, como más veteranos que nosotros, desde aquel llano donde estaban se iban retirando para atrás, a una lomita que había, pero una vez detrás de la loma, nosotros no podíamos ver a ninguno, pero sí ellos a nosotros, que al retirarnos nos tumbaron igual que a los conejos cuando se está de espera. Los que quedábamos vivos ya no esperábamos más que la muerte segura; yo, detrás de la piedra estaba viendo la escena: soldado que se levantaba para la retirada, soldado que caía, y sólo eran unos treinta metros los que había que recorrer, pero como nos dominaban tan bien, lo enfilaban en tiro cruzado, que antes de llegar al barranco caían o bien heridos, o muertos.

Llevaba yo allí más de una hora después que habían cesado los tiros y pensándolo mejor decidí salir del escondrijo que tenía y si llegaba al barranco con un poco de suerte de aquella me había salvado. Así lo hice, pero no había corrido diez metros cuando ya me picaron las balas por delante y por detrás, entonces me tiré al suelo y di unas cuantas volteretas, como si me hubieran alcanzado; se conoce que, como me vieron caer y ya no me movía, dejaron de tirarme, entonces volví a salir como un relámpago y alcancé el barranco; puesto en el barranco no paré de correr barranco abajo en cinco kilómetros sin saber dónde iba, si me metería en el enemigo o saldría a dar con los nuestros.

Ya después de muy cansado y angustiado, vi fuerzas que, al parecer, también hufan de retirada y distinguí que eran del cuarto batallón de mi brigada y me agregué a ellos contando lo que nos había pasado. Bueno, ya todos juntos seguíamos retrocediendo hasta Santa Magdalena, y hubiéramos seguido más, pero habían llegado tropas de refuerzo y en el pueblo, según íbamos llegando, nos paraban y nos preguntaban que de qué unidad éramos. Dicho mando nos formó a cada uno en el batallón al que pertenecíamos y luego, una vez todos en el batallón, cada cual en su compañía, en la mía, como ya he dicho antes el fregado que tuvimos, nos juntamos allí veinticinco, los demás muertos y desaparecidos. Aquel



«En la caja de reclutas de Burgos nos decían que a qué bandera queríamos ir; yo como no entendía nada de banderas, cuando me llegó el turno dije "Al Ejército".»

mismo día, una vez reorganizados, formamos un nuevo frente cada uno con los suyos.

El enemigo, como desde Teruel no le hacíamos resistencia, para ellos todo era coser y cantar; al formar un nuevo frente nosotros y ver ellos la resistencia, pararon el avance durante dos días, pero en esos dos días ellos cogieron posiciones dominándonos por la altura del terreno y en esos dos días emplazaron bien la artillería rápida; al tercer día se liaron con nosotros a las nueve de la mañana y en la línea que ocupábamos no se dejaron ni un metro sin que cayera un proyectil; no podíamos ni levantar cabeza porque te asaban.

Cuando nos levantamos, para el que quedaba vivo, el pánico era todavía mayor porque muchos de los conocidos estaban muertos y otros gravemente heridos. De mi compañía, como dije antes, nos habíamos juntado veinticinco, pues luego, al retroceder, sólo nos vimos seis, que no dejamos de correr para atrás hasta que se nos hizo de noche. Cuando salió el sol no sabíamos dónde ir; haciendo un coloquio decidimos irnos más para la retaguardia. Pero por desgracia no habíamos andado un kilómetro cuando nos metimos encima de donde habían formado el Estado Mayor y era el mismo que nos paró antes en Santa Magdalena, con tan mala fortuna para mí que el mismo teniente ruso que me paró cuatro días antes fue el primero que me vio y me conoció. Entonces le dije al centinela que tenían en el Estado Mayor que tuviera cuidado de nosotros que ya nos juzgarían.

Como los nacionales seguían avanzando los teléfonos no les dejaban un minuto de tiempo y como había oído que de sargento para arriba el que retrocediera sería pasado por las armas, yo no me estuve a pensarlo mucho: al guardia que había allí le pedí permiso para hacer mis necesidades, a lo cual me dijo que bueno, pero que no me retirara más de diez metros; sin pensarlo más, hacía como que me iba desabrochando los pantalones y como medio encogido y, cuando yo calculé los diez metros más o menos, emprendí la huida a toda velocidad; el centinela me disparó los cinco tiros del fusil, yo no sé si me tiraría a dar o no, lo cierto es que al sentir los tiros, los del Estado Mayor salieron y con las pistolas empezaron a tirarme. Pero yo ya estaba un poco largo para que las pistolas me alcanzaran, y, como corría en dirección al frente, no les preocupó mucho y no me siguieron.

Cuando ya brinqué un cerro pude respirar y más que venían en desbandada todas las fuerzas rojas carretera hacia Valencia. Me mezclé entre ellos y, de momento, perdí un poco el miedo, y si ellos venían para atrás, yo seguía hacia adelante, lo cual a algunos les chocaba y uno me dijo que dónde iba, a lo que le respondí que a incorporarme a mi compañía que estaba en tal sitio que ya conocía yo; como iban huyendo no se estuvo a hacerme más preguntas. Esto serían las nueve de la mañana.

Se hizo de noche y cuando pensaba irme con los nacionales, dieron un contraataque los rojos al castillo de Alcalá de Chivert que duraría como una hora, pero a fuerza de bombazos

les hicieron retroceder de nuevo; entonces para mí el pánico era mayor, porque, desde donde estaba yo, oía dar alaridos a los moros y sabía que el que caía en sus manos después de un combate raro era el que se salvaba. Pero como no podía esperarme más tuve que decidirme de una vez a salir del escondrijo, y en vez de ir hacia donde había estado el fregado me tiré vega adelante y con mucho miedo porque de noche y sin conocer el terreno podía perderme y meterme en la boca del lobo. Pero tuve suerte, seguí, seguí y ya sentía yo los tiros sueltos bastante más atrás. Aunque creía que iba bien no por eso no llevaba precaución pues era mucho lo que me estaba jugando en aquellos momentos.

Según iba caminando, parándome de vez en cuando a escuchar mis pasos, sentí quejarse a un herido; entonces seguí en dirección a los lamentos de aquel herido, pero con mucho tacto por lo que pudiera pasar, y cuando ya estaba cerca vi que lo llevaban dos camilleros. Sin darme a ver los fui siguiendo hasta cerciorarme que los que llevaban al herido eran nacionales: no podía cometer el error de caer en zona roja y presentarme como si fueran nacionales, entonces el fusilamiento sería inmediato. Cuando ya estaba cerca del herido y después de andar más de dos kilómetros detrás de los camilleros, faltando pocos metros para llegar a Santa Magdalena y reconociendo el terreno, que el día de antes habían tomado el pueblo las fuerzas nacionales, me presentó a los camilleros.

Cuando les dije que era un evadido

autobiografía

de la zona roja, como era de noche, los camilleros se dieron tal susto que a poco tiran al herido al suelo. Pasado el susto, muy amables conmigo, me preguntaban por Madrid, que ellos eran de Madrid y les gustaba que yo les contara algo de lo que pasaba.

Llegamos al primer puesto de socorro donde hacían la primera cura a los heridos. Al mando estaba un teniente médico y me presenté a él, pero no dijo nada, se puso a hacer la primera cura al herido que llevaban los camilleros antes citado. Ya había allí muchos heridos de aquella misma noche, del golpe de mano que dieron los rojos. Cuando curó al herido, el teniente médico se acercó a mí con un poco de chunga y me dijo: «¡qué bien visten los rojillos, eh!» Entonces yo tuve que echarle una mentira, aunque creo que no pasara —llevaba una cazadora de cuero, unos pantalones de pana y unas botas altas que parecía un general—, le dije al teniente que yo llevaba toda la ropa rota, que aquel día de antes habían matado a un comandante y le había quitado la ropa y me la había puesto; bueno, ya no me dijo nada más sobre eso, me preguntó por Madrid, le dije más o menos lo que a los camilleros y en eso quedó todo.

Metieron a todos los heridos en una ambulancia para llevarlos al hospital que tenían en Vinaroz, entonces mandó al chófer que me iría con él, que le ayudara a descargar a los heridos y que al regreso me entregara en el ayuntamiento de Benicarló. El chófer, muy bueno también, era de Madrid, fuimos hablando todo el camino; yo contándole cosas de la zona roja y él de la nacional. Benicarló, yendo desde Santa Magdalena, está antes que Vinaroz, así que al regreso, sin salirse de la carretera me despidió y me dijo: «mira, aquel edificio que hay allí es el ayuntamiento, no tienes que hacer más que presentarte». Así lo hice, creyendo yo que sería el único, y me presenté a un cabo que estaba en la puerta, que no me dijo más que pasara, y cuando entro adentro estaba el ayuntamiento que no se cabía más de soldados de la zona roja.

Esa misma mañana nos cogieron a todos y nos llevaron a Vinaroz y nos metieron a una iglesia muy grande que hay allí; cuál no sería mi sorpresa cuando entré en la iglesia y entre todos los cientos de hombres que allí había me encuentro a mi comandante del cuarto batallón y al teniente ayudante que me conocían bastante bien. Al verlos me quedé un poco parado, como si todavía tuvieran mando sobre

mí, pero enseguida pensé que allí eran lo mismo que yo y que no tenía por qué hacerles el saludo.

La iglesia aquella tenía un patio que daba a la calle; estando yo en el patio viendo pasar a los soldados nacionales y ellos mirándonos a nosotros, me veo a un soldado de mi compañía que ya estaba libre, que lo habían cogido prisionero en la cuesta de la Reina; al parecer era un poco callado él cuando estaba en mi compañía y lo tenían los demás compañeros como un poco de lado: en cuanto me vio se abrazó a mí



Pascual García Rodríguez, en Murcia.

y yo a él como si yo hubiera sido su padre; enseguida me preguntó que si tenía hambre, le dije que sí, que llevaba dos días sin probar bocado, dice, espérame que vengo enseguida, dice, no te traigo más porque no tengo dinero, pero me trajo un chusco y una libra de chocolate que con aquello ya maté el hambre y resucité.

Después de dormir tres noches en la iglesia, nos montaron en camiones pasando por Alcañiz. Allí paramos y nos metieron en unas naves grandes creyendo que nos darían algo de comer, pero no era más que para que les entregáramos el dinero rojo que llevábamos todos los prisioneros, que como éramos tantísimos y en zona roja pagaban diez pesetas a cada soldado diarias y quince a los sargentos, y como siempre estábamos en el campo sin poder gastarlas, juntamos un montón de billetes que no cabían en una mesa grande. Después de mirarlos nos entregaban los que ellos

decían que valían en zona nacional y luego los que nos volvían a dar eran los que no valían, que los buenos se quedaban con ellos.

Desde Alcañiz volvimos a montar en los camiones a Zaragoza, a la Academia, que ya había allí unos cuantos miles de prisioneros. Tampoco allí hicimos asiento: nos dieron dos latejas de sardinas en aceite y un chusco de pan para embarcar en el tren. Cuando íbamos hacia la estación, desde los balcones la población civil nos echaba panes de esos grandes, hasta que se dio cuenta la escolta que llevábamos y lo prohibieron.

Montamos en el tren en vagones de llevar animales hasta Aranda de Duero, que había allí un campo de concentración. Allí ya nos tomaron la filiación y cada uno tenía que decir de dónde venía y a qué brigada había pertenecido. Con los muchos cientos que había allí y los que llegamos, en los barracones estábamos como sardinas arenques. Todas las noches, después de dar el rancho, nombraban a treinta o 40 para que formaran con sus cosas. No sabíamos para qué, pero los más veteranos decían que era unos para llevarlos a las cárceles, otros a batallones de trabajadores y otros para pasarlos por las armas. Estando haciendo conjeturas una mañana, después que nos dieron el café, empezaron a nombrar gente y entre ellos me nombraron a mí: nos estaban esperando una pareja de la guardia civil y un sargento. Dijo el sargento: «de todos los que hemos nombrado si hay alguno que no haya sido oficial puede marcharse.» Yo, entonces, como había sido sargento, pero también oficial interino, como era el miedo tan grande, me presenté al sargento de la guardia civil y le dije lo que era, que había sido sargento y también estaba haciendo de oficial interino. Entonces el sargento me dijo: forma, ya te dirán allí lo que sea.

Nos llevaron a los calabozos de Aranda de Duero, pero antes de pasar a los calabozos, tuvimos que entregar todo lo que llevábamos en los bolsillos, que luego nos lo devolverían; yo tenía una cartera muy bonita y quince pesetas nacionales de una pluma estilográfica que había vendido cuando estaba en Vinaroz. Después de que se llevaron todas las cosas al rato las devolvieron pero no todas: a mí me dieron las quince pesetas pero la cartera ya no la vi más. Terminaron de devolver lo que les pareció y a los calabozos, que en cada uno éramos por los menos ocho.



Fábrica de Trubia, destinada al almacén y empaquetado de los proyectiles.

Así estuvimos cinco días, durmiendo sobre las baldosas que estaban rezumando agua, hasta que empezaron a nombrar gente para tomarles declaración y juzgarles según sus culpas. Algunos, después de tomarles declaración, volvían otra vez a los calabozos, otros no volvían y otros con los huesos molidos a palos, así que los que todavía no nos habían llamado estábamos con más miedo que a los que les habían dado la paliza, porque no sabíamos lo que nos esperaba.

Cuando me llamaron a mí, el día anterior nos habían puesto una inyección contra el tifus, yo tenía bastante fiebre; a pesar de eso me encontraba sereno porque, como no había hecho nada malo, tuve fuerzas para hacerme el valiente y contestar correctamente a las preguntas que me hicieron. Cuando salí del calabozo fue un cabo y dos números a por mí con los fusiles y la bayoneta puesta, el cabo a mi lado, un soldado delante y otro detrás con la bayoneta tocándose la ropa. Donde nos tomaban declaración era un salón muy grande con varias mesas; al entrar me dijo el cabo a la mesa que tenía que ir, que sólo había un alférez, que entrara con brazo en alto haciendo el saludo de falange.

Llegué a la mesa, me presenté, pero el alférez ni caso; aquello me estaba poniendo nervioso, así estaría como diez minutos hasta que, mirándome, me dice que bajara la mano, que había sido un criminal y que ahora iba con piel de cordero; a todo esto el cabo de vara detrás de mí para, cuando le hiciera una señal si me cogía en renuncio, sacudirme. El alférez tenía una voz de trueno, que sólo con oírlo tenías que temblar, pero como empezó a culparme de cosas que no había hecho, me envalentoné y yo le decía que no. Viendo que yo decía la verdad empezó por otro lado a atacarme y me dice: «usted tiene algo que temer, ¿por qué está usted

tan arrebatado?», digo: «mi alférez, porque nos pusieron ayer la inyección antitífica y tengo bastante fiebre.» Sin pensarlo me coge la mano para tomarme el pulso y en ese momento tendría yo cerca de 40 grados, llama al cabo que me trajo y le dice: «este hombre no está para declarar hoy, lléveselo al cuerpo de guardia, dele un plato de leche y una manta y mañana a las diez lo vuelve a traer.»

A la mañana siguiente fue el mismo cabo que me llevó el día de antes, pero ya sin escolta, por lo cual todo parecía que iba en mi favor. El cabo, muy amable, me dijo como el día anterior que me presentara a la misma mesa. Así lo hice diciendo «a sus órdenes, mi alférez». En el mismo instante me dice: «baje la mano y tranquilo, contésteme a las preguntas que yo le haga.» Ya no era la voz rrona del día anterior. Me preguntó casi las mismas cosas y yo, como decía la verdad, contestaba lo mismo que el día de antes. Me tomó otra vez la filiación y me dijo: «a esa otra mesa», que había allí un teniente coronel, un comandante y un capitán. Pero estos señores se limitaron a hacerme unas leves preguntas y nueva filiación de dónde había estado en zona roja y en cuantos combates. Hecho esto me mandaron pasar a otra mesa en que había un capitán de la guardia civil: más o menos con las mismas preguntas y nueva filiación; cuando terminó me dijo: «está usted libre, de momento márchese al campo de concentración del que vino usted.»

Con mucha alegría salí de la sala y me dirigí al campo, ni siquiera me estuve a dar una vuelta por Aranda de Duero. Ya en el campo, cuando dieron la cena, empezaron a nombrar un grupo, que al toque de diana formara con sus cosas, y acto seguido nombraron a otro y entre ellos a mí. A los que formaron antes, sin desayunar ni nada, se los llevaron; al grupo

en que yo iba, nos dieron el café y dos latas de sardinas con medio pan de esos grandes de quilo y medio. La pareja de la guardia civil que se hizo cargo de nosotros, una vez fuera del campo, nos dijo: «estáis libres, ahora vamos a la caja de reclutas de Burgos para vuestra nueva incorporación a filas.» Nosotros tan contentos.

Ya en la caja de reclutas nos decían que a qué bandera queríamos ir, porque había muchas banderas. Yo, como no entendía nada de banderas y el que decía quiero ir a tal bandera, como las banderas estaban operando en el frente, tenías que incorporarte inmediatamente, cuando me llegó el turno dije «al ejército», y me dicen «espere usted ahí». Los que iban delante de mí todos decían a la bandera que querían, quizá por no atreverse a decir otra cosa, pero en cuanto me tocó a mí y dije al ejército, los que me siguieron detrás todos decían lo mismo. En total que éramos veintiuno para el ejército con tanta suerte que nos tocó el parque de artillería de Burgos, que estaba pegado a la caja de reclutas.

Estuvimos en Burgos unos ocho días, y una mañana nos formaron a los veintiuno que habíamos pasado en la caja de reclutas. Yo, de esa casualidad, formé el primero. Entonces el sargento me dijo que cómo me llamaba y me dio una lista de los que éramos y me dijo: «usted es el responsable de todos estos artilleros, los tiene que entregar en el parque de artillería de Pamplona.»

Desde Burgos montamos en el tren y teníamos que hacer trasbordo en Alsasua. Como cada uno éramos de distintas partes de España y no nos conocíamos, y al montar en el tren iba hasta los topes y no pudimos montar juntos, antes de montar quedamos en que en cuanto bajáramos en Alsasua a formar todos. Llegamos a Alsasua y llamando a los artilleros de Pamplona

autobiografía

a formar, por muchas voces que di por la estación, faltaban dos y a mí me habían hecho responsable. Había dos tarambanas que eran de la parte de Bilbao y conocían aquello y se despistaron. Como esos dos no aparecían, los que éramos allí decidimos presentarnos al parque de artillería. Me presenté al sargento y le dije lo que había pasado. El sargento no me dijo nada, nos metió al cuartel y nos asignó la cama a cada uno. Estábamos preparando las camas cuando me nombran a mí para que me presentara al alférez de guardia. Me presento y dice: «¿y esos dos artilleros que no han venido, dónde están?» Le dije lo que había pasado, cómo tuvimos que montar en Burgos en el tren uno por cada lado y que al llegar a Alsasua no se presentaron. Sin más explicaciones le dice al sargento: «¡sargento, al calabozo con éste!» y sin poder rechistar al calabozo, diciendo para mí «vaya entrada que he tenido en Navarra».

Al poco rato de estar en el calabozo me trajó el cabo la comida y me dijo que ya habían llegado los dos que faltaban, que también los habían metido en el calabozo. Al decirme eso, que ya habían venido, parece que me quedé más tranquilo, pero con todo no sabía cuándo saldría de allí. Mis pensamientos enseguida se disiparon, porque a última hora de la tarde fue el cabo, me sacó de allí y me dijo: «coge tus cosas y a montar a aquel camión», donde ya estaban los otros, los que habíamos venido de Burgos y también los otros dos, que también los habían sacado del calabozo. Como no nos conocíamos ninguno, cuando monté en el camión no sabía quiénes eran los culpables de que yo entrara en el calabozo, pero en el camino que nos llevaban a la estación de Caparrosos ya supe quiénes eran los que me habían hecho pasar un mal rato.

Llegamos a la estación de Caparrosos, a unos grandes almacenes, que habían sido antes para la recogida del trigo y estaban requisados para almacén de toda clase de municiones, de las que iban quedando en los frentes y que las traían allí para clasificarlas, empaquetarlas y mandarlas a los frentes otra vez. Aquí estábamos bien. Teníamos que trabajar duro, pero nos daban muy bien de comer y los domingos estábamos libres, podíamos ir donde quisiéramos, menos al que le tocaba estar de plantón para no dejar aquello solo.

Como en la retaguardia no había hombres jóvenes por estar en los frentes, enseguida tonteábamos con las chicas, porque estaban deseando

de ver a un hombre joven, pero como en la guerra no puede haber nadie tranquilo, a nosotros se nos estropeó el plan cuando empezaron los ataques del Ebro, pues en esos días se escaparon todos los presos del penal de San Cristóbal y tenían que fueran a apoderarse del polvorín en que estábamos nosotros. Entonces el alférez pidió refuerzos al pueblo de Caparrosos para que vinieran la gente civil a ayudarnos por si caían por allí los presos. En los pueblos no había más que hombres muy mayores y chavales de los que no les cogían las quintas, que estaban apuntados a falange y requetés. Como sabían los chavales que nosotros habíamos estado en zona roja, según venían por el camino debieron pensar de sacarnos a cada uno de nosotros con cuatro de ellos para hacer guardia, pero con la intención de, cuando estuviéramos en el puesto, darnos un cocotazo y dejarnos estirados como una sardina.

Esto lo tramaron en el camino, pero como siempre hay gente buena, se lo dijeron al alférez nuestro el plan que traían. El alférez, muy veterano, no dijo de momento nada, pero si llamó a los cabos y les dijo: «que formen los artilleros ahora mismo con las armas, en la puerta de entrada que emplacen una ametralladora.» Cuando ya estaba todo listo, llamó a todos los que venían del pueblo para que formaran también. Cuando los tenía reunidos les dijo: «no me hacéis falta para nada, con mis artilleros me sobra para defender el polvorín, así que marcharos inmediatamente si no queréis que os barra a todos ahora mismo.» Como eran casi todos chavales y alguno que otro mayor agacharon las orejas y se marcharon. Delante de nosotros el alférez no nos dijo nada del plan por temor a que nos abalanzáramos sobre ellos haciendo una carnicería. No supimos nada hasta el primer domingo, que nos prohibió ir al pueblo por temor de que nos hicieran alguna cosa en venganza de cómo tuvieron que marcharse de nuestro polvorín.

Allí, en aquel destacamento, estuvimos después de aquello cinco meses y en vez de ir a Caparrosos, los domingos nos íbamos a otros pueblos más pequeños que hay allí al lado. Luego nos trasladaron a Pamplona. Claro, en la capital se estaba mejor, porque todas las tardes después de dejar el trabajo salíamos a pasear por la ciudad.

Aquí también tuvimos otra anécdota en las naves del cuartel. Había unos 200 artilleros y a los que fuimos

desde Caparrosos nos metieron en una nave a todos juntos. Estas naves estaba por alto y en la que nosotros dormíamos había una pila con un grifo; un día de los que vino el teniente coronel desde Burgos le pusieron el dormitorio debajo de donde dormíamos nosotros y se quedó allí, que casi nunca lo hacía, aquella noche; cuando estábamos dormidos alguno se levantó a beber agua y no se dio cuenta de cerrar el grifo y estuvo cayendo agua toda la noche por el piso: como el teniente coronel estaba debajo, fue el primero que se dio cuenta, porque incluso le cayó en la cama. Mira, con lo recto que era el capitán, se puso furioso y dijo: «todos los que duermen aquí arrestados hasta nueva orden.» Estuvimos quince días arrestados sin salir para nada: le decíamos al sargento que le dijera al capitán que qué pasaba con nuestro arresto, pero el sargento no se atrevía a decirle nada; en total que como nadie nos vigilaba empezamos a salir, hoy uno mañana otro y, como tampoco nos decían nada, nos tomamos la libertad por nuestra cuenta, que yo creo que, si no es así, aún seguiríamos arrestados.

La guerra ya había terminado, todo parecía alegría y nadie nos imaginábamos que cuando volviéramos a nuestro pueblo nos esperaba otra lucha. A mí me hicieron cabo y seguí hasta que me licenciaron. Nos mandaron a cuatro artilleros y a mí a un destacamento de Tafalla, que lo pasamos estupendamente: por no hacernos la comida como éramos pocos, habló el capitán con la superiora del hospital para ver si nos podían dar de comer y acordaron que bueno, que no teníamos más obligación que acudir a comer a las horas previstas y a pasear por allí, que si hubiera durado aquello para siempre, de buena gana se hubiera quedado uno, pero en agosto del 39 me licenciaron. Con eso empezó una nueva vida que no fue tan buena.

Cuando fui licenciado todo el pueblo fue a saludarme y todos parecían contentos; pero pronto empecé yo a notar ciertas diferencias con algunos vecinos, que como el demonio no deja de escarbar para echarte la zancadilla para que caigas, había en el pueblo cuatro o cinco vecinos que se creían fascistas y que no habían hecho nada por la causa nacional, pero sí les habían dado el mando y estaban protegidos por el cura que había en el pueblo. Uno de estos señores le tenía ojeriza a mis padres por una venganza pobre: cuando tenía yo trece

años a este señor le guardaba yo unas ovejas y el último año que se las guardé no quería pagar a mi padre el coste de guardarlas, mi padre por las buenas le dijo que pagara, pero él, tozudo, no quería, entonces mi padre lo metió al juzgado y ese señor perdió, tuvo que pagar, que supongo yo que en aquellos tiempos serían unas 50 pesetas. Bueno, pues desde entonces nos la tenía guardada y en cuanto tuvo ocasión se vengó en mí. Al terminar la guerra y bastantes años después lo que decían estos señores era lo que valía fuera cierto o no. Como yo había sido teniente en zona roja, pues este señor me tenía por rojo a pesar de que los nacionales me habían dejado ya libre e incluso me habían hecho cabo.

Al año de terminar la guerra todos los mozos que estuvieron en zona roja comprendidos en la quinta del treinta y seis tenían que incorporarse otra vez para hacer el servicio militar tantos meses como lo que lo hicieron en zona nacional, que eran treinta y dos. Yo estuve en zona roja dieciocho, así que tenía que ir a cumplir los que me faltaban. Como este señor que cito antes era alcalde y jefe de falange, me formó un expediente negativo y como no eran creídos más que ellos, los caciques de los pueblos, en vez de mandarme a cumplir el servicio militar como a los demás, me mandaron a un batallón de trabajos forzados, o mejor decir, a un batallón disciplinario. Por más gestiones que hice no sirvió de nada, porque como pedían los informes al alcalde y al jefe de falange, y ese señor los volvía a dar malos, no había solución más que cumplir el castigo que se nos impuso.

Nos incorporaron a Teruel. Aquí ya empezamos a saber lo que era un prisionero: nos metieron en las cuadras que habían sido de caballos y el suelo era de cemento, en planta baja, sin más ropa que la que llevábamos puesta y hacinados o casi prensados como las sardinas. Gracias a eso no teníamos frío, pero pasó que nos tuvieron que sacar de allí al mes porque lo primero que cogimos fue un sarnazo que no se libró ninguno, luego fiebres, alguno la viruela, y de comer poco y muy malo. Nos llevaban a desmontar un cerro que había junto a la plaza de toros. Aquello nos parecía inhumano.

A los tres meses nos sacaron de Teruel, nos montaron en vagones de mercancías para Algeciras: tardamos tres días de llegar. Desde Algeciras nos trasladaron a un cerro que llaman El Bujeo. Allí estuvimos como quince



Pascual García, en Algeciras, con borla prestada, ya que los disciplinados no podían llevarla. «Desde Teruel nos montaron en vagones de mercancías y tardamos tres días en llegar a Algeciras.»

días bien, no teníamos que trabajar y nos creíamos que habíamos ganado con el cambio, pero qué desengaño llevamos: aquella quietud era porque estaban marcando una pista a lo largo de la costa ocultándola del Peñón de Gibraltar. Cuando ya la montaron, a trabajar todos los días: te echaban una tarea para dos, pico y pala, y hasta que no la terminaras no tenías que dejar de trabajar, y las tareas casi nunca se terminaban.

Los escoltas que nos vigilaban eran todos analfabetos y nos trataban igual o peor que a los animales, porque a los animales, si no hacen una cosa mala, no se les pega, pero a nosotros sin hacerla el vergajo o el astil de un pico lo tenían encima a cada momento; así, que al que hacía algo malo, lo mandaban al pelotón de castigo y el que estaba en él quince días sabía que tenía la muerte segura. Yo tuve suerte de no ir al pelotón porque cumplía bastante bien con las cosas que nos mandaban y procuraba no deslizarme en nada, claro que esto era porque mis padres me mandaban muchos paquetes de a kilo de harina de almortas tostada con grasa revuelta y yo no pasaba casi hambre: llegaba un día de esos malos en que había que sudar más de la cuenta y, como estaba fuerte, con todo podía, en cambio la mayoría, en cuanto les apretaban un poco, caían de culo y encima leña que te crió. Yo había visto en Pamplona películas de prisioneros del extranjero en las que los vefas acarreado piedras y los guardías que tenían aún les maltrataban, pues de la misma manera nos trataban a nosotros, haciendo las mismas cosas y la escolta que teníamos, cuando no daba culatazos con el fusil te daban con el astil de un pico.

Recuerdo a un chico de la provincia de Guadalajara que no le mandaban sus familiares ningún paquete, me figuro que porque quizá no tendrían para ellos mismos, como había muchas familias. Pues bien, este chico, como teníamos el campamento al lado de unas casas de campo, que estos señores tienen un horno pequeño de cocer el pan, que lo cuecen para ocho o diez días y, en vez de sacarlo en cuanto se cuece, lo dejan metido en el horno una noche, este chico del que hablo vio meter el pan y que lo dejaron allí por la noche, se le ocurrió quitarles uno a los dueños de aquel horno.

El dueño se lo dijo a los jefes nuestros que le habían quitado un pan: la que se armó allí fue menuda para todo el batallón, gracias que pareció el reo enseguida y todos los demás quedamos libres, pero al pobre chico lo echaron al pelotón de castigo y palo va y palo viene hasta que lo dejaron sin sentido, se lo llevaron al hospital y enseguida murió. De estas cosas podría contar muchas, pero es mejor no recordarlo.

A pesar de la mala suerte que tuve por culpa de ese señor de mi pueblo, aún la tuve mejor que otros, porque los meses que había estado con los nacionales me valieron para no tener que cumplir los treinta y dos que había estado mi quinta en territorio nacional. El mismo día que se me cumplieron, me licenciaron, por lo cual este señor del que hablaba antes y otros compinches como él se extrañaron mucho, puesto que me habían licenciado a mí solo y a otros conocidos no. Pues como si nada hubiera pasado vinieron a saludarme y darme la bienvenida: yo, mordiéndome la lengua, los acogí a todos como si nadie fuera culpable.

Fue transcurriendo el tiempo y visto el estado de sitio que nos tenían reservado a todos los que decían que éramos del otro bando, sin serlo en realidad ni de unos ni de otros, traté de comportarme bien e incluso les daba la razón siempre que me ponía a hablar con ellos. Tanto es así que a los pocos años, quienes habían dado tan malos informes de mí me hacen jefe de la hermandad de labradores y ganaderos, que luego con razón les ataba los cabos cuanto podía, porque lo hacía con justicia y no podían reprocharme nada, incluso haciendo cosas para el bien del pueblo que para ellos creían estar mal y protestaban, pero al final tenían que ceder porque era un bien para todos los vecinos. ■ P.G.R.